



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

44 – La boda empieza bien...

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 44 – La boda empieza bien



El sultán ordenó que le dieran a Ibrahim quinientas bolsas de oro como regalo de bodas; por su parte, el gran visir Shâhîn le ofreció cuatrocientas.

– Grandes del reino, visires y emires –les apremió el sultán–, ¡mostraos generosos con el capitán Ibrahim!

Por supuesto que nadie juzgó buena cosa el desentenderse de los desos del sultán, y cada cual

llevó allí su presente, según su rango y sus medios. Acabada la ceremonia, los *fidais* pidieron permiso par marcharse a sus ciudadelas y reunir los regalos destinados a su compañero, tras lo cual, irían directamente al Horân, con sus esposas e hijas, para participar en los festejos. El sultán, como es lógico, les concedió el permiso y se fueron rápidamente.

– Tú, Ibrahim –continuó el sultán–, ve por delante de nosotros, con Nâfileh, su padre y su hermano. Nosotros nos reuniremos contigo unos cuantos días más tarde, el tiempo que necesitamos para que la tropa haga sus preparativos. Además, así podrás aprovechar eos días para organizar la boda.

El valiente capitán colocó a su prometida en una litera y se puso en marcha, acompañado de su suegro Shâhîn, de su cuñado Dawûd, y de Saad. Cuando llegaron al Horân, llevó a Nâfileh a sus apartamentos, y él se dedicó a organizar todos los preparativos para la fiesta. Su padre, el viejo capitán Hasan El-Horâni, parecía haber perdido la razón por la alegría ante la boda de su hijo.

Los *fidais* comenzaron a llegar con los regalos que destinaban a Ibrahim: unos, con cuarenta mulas cargadas de arroz; otros, con un rebaño de corderos, o de cabras, vacas o camellos, y era tal la cantidad, que Ibrahim no sabía ya donde meterlos. Días más tarde, se anunciaba la llegada del sultán, acompañado por su gran visir Shâhîn y los emires; ellos también traían desde Damasco regalos para el novio. Todo el mundo se fue a recibir al cortejo, y conducir al rey al pabellón que se le había reservado: adornado con espléndidos cortinones y lujosamente amueblado, lo habían levantado sobre una plataforma de piedras, construida especialmente para la ocasión, y en un lugar muy bien elegido. El rey se instaló

allí, rodeado de los mejores cantantes y músicos, llegados todos expresamente de Alepo y Damasco, y comenzaron los festejos, que se prolongaron cuarenta días y cuarenta noches, durante los cuales, los cocineros no abandonaron sus hornos, ni los carniceros sus cuchillos. La algarabía de los regocijos inundó toda la provincia. Se celebraron concursos de *hakam*¹, de esgrima y de lucha libre; el rey había dado permiso, y prometido que, en caso de accidente, el que matara o hiriera a su adversario sería amnistiado, siempre que hubiera respetado las reglas del juego.

Por fin llegó la noche de bodas; las doncellas se fueron con Nâfileh para depilarle las cejas, peinarla, frotarle la cara con agua de oro, teñirle las manos y los pies con alheña, ataviarla con sus joyas más hermosas y envolverla en un gran chal rosa; al final, estaba tan bonita, que parecía una hurí que el ángel Ridwân hubiera dejado escapar del paraíso. Mientras tanto, en el pabellón real, Ibrahim también se había vestido con su atuendo nupcial; se fue a besar la mano del sultán y le pidió autorización para retirarse. A la orden del rey, los grandes del reino y los dignatarios —exceptuando, naturalmente al gran visir— se unieron al cortejo.

Delante de Ibrahim iban los *fidauis*, divididos en siete grupos. El primer grupo, armado con bastones cortos, jugaba al *hakam*; el segundo, efectuaba la danza del sable; el tercero hacía esgrima con un garrote; el cuarto, con lanza, y el quinto, con la pica de armas; el sexto, vestido con la coraza y el casco, llevaba la armadura completa, mientras que el séptimo estaba formado por los hombres de más edad y los ochentaicinco capitanes ismailíes. Al final, venía Ibrahim, flanqueado por Saad, a su derecha, y Ali Ibn El-Shayyâh, a su izquierda; seguido de los emires de Egipto, circasianos, daïlamitas, turcos y turcomanos, así como los emires kurdos². Multitud de antorchas y farolillos acompañaban al cortejo e iluminaban el camino como en pleno día, y el paso lo iban marcando los tambores y timbales que resonaban por todas partes, haciendo retumbar a toda la provincia y sus alrededores.

Cuando llegaron a la puerta del harén, recitaron todos juntos la *Fâtiha*; Ibrahim besó la mano de su padre, Hasan El-Horâni y de su tío Dibl El-Baysâni, que le dieron sus bendiciones; luego, se dispersaron los acompañantes. El joven desposado, ya solo, penetró en el edificio, en donde fue recibido por las ancianas damas y las cantantes, quienes, al son del tamboril y de la flauta, formaron un cortejo para acompañar al novio hasta la puerta de la cámara nupcial; allí, las acompañantes le condujeron hasta su esposa. Ésta, se levantó para recibirle, más ligera y agradable que una rama de sauce agitada por los céfiros de

¹ Una especie de esgrima artística, en la que los adversarios se enfrentan armados con un bastón y un pequeño escudo. En su ya lejana juventud, Baïbars era un campeón de ese deporte (ver *Las Infancias de Baïbars*).

² A los emires kurdos siempre se les distingue de los demás, y ocupan un rango superior por ser parientes próximos del fallecido rey El-Sâleh, antiguo señor de Baïbars; además, siempre manifestaron una lealtad sin fisuras hacia nuestro protagonista, Baïbars (ver *Muerte en el hamam*).

primavera; iba cubierta con tales joyas, que parecía un jardín de piedras preciosas. Los dos esposos se tomaron de la mano y entraron en la habitación nupcial, en donde se sentaron en el sitio de honor. Tal y como era costumbre, depositaron ante ellos una bandeja bien provista de todo tipo de dulces: bombones de nuez moscada, peladillas confitadas, mazapanes, frutas escarchadas, rahat-lukums... Ibrahim cogía con delicadeza esas golosinas y se las ponía en la boca a su novia, que, a su vez, hacía otro tanto. Y así les dejamos allí a los dos novios.

Mientras tanto, los grandes del reino, y Saad, habían vuelto junto al sultán.

– ¿Le habéis conducido a buen puerto, amigos míos? –les preguntó sonriente el sultán.

– Sí –respondieron todos a una.

– ¡Pues ojalá que esta noche le sea propicia, con la bendición de Dios!

– Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Saad lanzó un grito terrible:

– ¡Sí, sí, voy enseguida, hermanito mío, ya estoy allí!

– ¿Se puede saber qué te pasa, Saad? –se extrañó el sultán.

– Es Panza Búfalo, que me está llamando; tengo que ir a reunirme con él ahora mismo.

– Escucha, Saad, ¿no crees que éste no es el momento más adecuado?

– ¡Y yo qué sé! ¡Él es quien me ha llamado! –replicó el joven echando a correr como un poseso.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.45 – ¡No hay quien se lo quite de encima!